

REPENSAR LA CONQUISTA

JESÚS ANTONIO GARCÍA OLIVERA



RESUMEN

El presente trabajo se orienta a repensar la conquista en tres ejes: las comunidades involucradas, tanto la europea como la mesoamericana; cómo el idioma en el cual se enuncia también tiene una carga sobre esta visión polar, así como el papel de las alianzas.

Palabras clave: conquista, alianzas, idioma.

ABSTRACT

The present work is aimed at rethinking the Conquest along three axes: the communities involved, both the European and the Mesoamerican; how the language is enunciated also burdens this polar vision, and the role of alliances.

Keywords: Conquest, Alliances, Language.



JESÚS ANTONIO GARCÍA OLIVERA

Licenciado en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras (FF y L) de la UNAM; maestro en Docencia para la Educación Media Superior, campo del conocimiento Historia, por la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto de Investigaciones Filosóficas (IIF); tiene una especialidad en Historia del Arte por la FF y L y el Instituto de Investigaciones Estéticas (IIE). Es analista en el Archivo General de la Nación, galería 4; maestro del plantel Naucalpan del CCH desde julio de 1979; ha publicado en diversas revistas nacionales e internacionales.

El proceso que conocemos como la conquista de México es complejo y tiene una fuerte carga ideológica que, a quinientos años de distancia, se agudiza. Al enfocarse, casi de manera exclusiva, sobre la caída de Tenochtitlan, se pierde de vista la complejidad del fenómeno que se nos presenta: los mexicas se enfrentan a los españoles, estos vencen y se inicia la dominación colonial. En el mejor de los casos, esta es una visión reduccionista que no abona en la explicación de los diversos procesos. La explicación del proceso debe incluir tanto a los europeos como a los mesoamericanos y encontrar en ambas comunidades su composición, pues la visión que se tiene es que sólo existieron dos bandos, homogéneos, los cuales se enfrentan y, al caer Tenochtitlan, se inicia la colonización, es decir, es un proceso sin transición¹. Con esta visión, la caída de Tenochtitlan se convierte en un elemento binario: españoles contra mexicas; buenos contra malos.

Antes que explicar el fenómeno se eligen facciones, situación que no es nueva, sino que se presenta en la historiografía. En el periodo comprendido entre 1920 y 1940, será el tema principal en la polémica entre indigenistas e hispanistas. La comprensión de la caída de Tenochtitlan implica repensar esta visión simplista, que forma parte del nacionalismo contemporáneo. Repensar la conquista es comprender a los actores colectivos inmersos en el proceso. Y el primer paso es cuestionar e investigar.

¹ En el actual libro de texto gratuito de cuarto año de historia, se dice: “Después de la conquista de Tenochtitlan, se iniciaron varias expediciones hacia el norte y sur de Mesoamérica, con dos objetivos principales: la búsqueda de metales preciosos y la evangelización”. El libro de segundo de secundaria menciona: “la ciudad cayó el 13 de agosto de 1521 [...] Derrotados los mexicas, los españoles utilizaron la estructura política de su extenso dominio para afianzar la conquista de la Nueva España”.

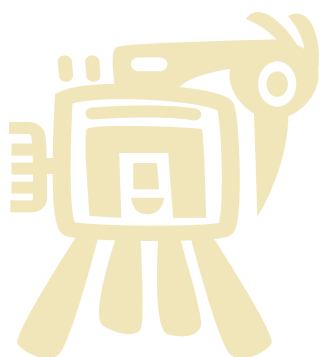
Al ser un momento fundacional en la Historia de México, no podemos omitir su estudio y debemos, en todo caso y contexto, buscar su explicación, no sólo con base en la documentación que sirve de fundamento y fuente para el estudio de lo ocurrido, sino también la historiografía posterior, pues, en mucho, la formación de nuestra visión de la conquista tiene sus orígenes en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX, conformando un imaginario que divide la historia en los vencedores y vencidos, los “nacionales” y los extranjeros, los civilizadores y los bárbaros. Se hizo toda una producción de obras en las cuales diversos actores políticos toman partido y el fenómeno por estudiar se convierte en un asunto de buenos y malos.

I. Repensar la conquista es un ejercicio no sólo histórico, sino también de reflexión sobre las formas en las cuales se ha enseñado la historia de este periodo y, además, un ejercicio de explicación desde el presente de nuestros mitos fundacionales. Coincidiendo con la opinión del doctor Rozat cuando expresa:

No se trata entonces sólo de repensar el momento Conquista, sino más bien, de pensar el “efecto Conquista”, porque nos parece evidente que este intento debería abrir futuros senderos, tanto para la historia antigua americana, como para la historia colonial. Sin olvidar que esto, si somos consecuentes con la idea de que “la historia se hace en el presente”, tendrá forzosamente importantes efectos sobre la identidad y memoria colectiva de los mexicanos de hoy (Rozat, 2013, p. 11).

Sin embargo, el repensar la conquista es algo muy general. Es así como este traba-

Al **enfocarse**, casi de manera exclusiva, **sobre la caída de Tenochtitlan**, se pierde de vista la complejidad del fenómeno



jo se orienta a dos elementos que, al estar ligados, pueden ayudar en este momento a romper con la visión tradicional de este fenómeno: la composición de las comunidades enfrentadas y el papel de las alianzas.

La conquista no es un hecho histórico aislado, sino un proceso complejo que involucró no sólo a los españoles, sino a los europeos en general, por parte del “viejo mundo”, y los “aztecas” no fueron los únicos que participaron en ella.

El fenómeno implicó una serie de alianzas políticas en un periodo que va desde 1517 hasta 1686, tomando como extremos la expedición de Francisco Hernández de Córdova y la campaña militar que pacifica la Selva Lacandona. Lo anterior, marca más de ciento cincuenta años continuos del proceso de conquista, durante los cuales surgieron tanto alianzas con los europeos como focos de resistencia de diversas comunidades, ya fuesen hacia el sur del actual territorio mexicano o el norte de Aridoamérica.

Por ello no se puede hablar de la conquista y establecer una fecha definitiva, pues es un proceso multicausal si se revisa desde la perspectiva histórica. No es así

si lo manejamos desde la óptica de la formación de una identidad política de corte nacionalista, como se generó a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

En esta posición, repensar la conquista requiere ponerla dentro de un contexto mayor, en el cual se deben cuestionar las verdades absolutas que se formaron alrededor de un único evento: la caída de Tenochtitlan, el cual se retomó como el fin de la conquista y el principio de la colonización, así como el inicio de la nacionalidad².

II. La primera parte de la perspectiva es entonces definir: la conquista de México no termina con la caída de Tenochtitlan, el 13 de agosto de 1521, sino que, a partir de ese hecho, se genera un desequilibrio geopolítico entre los distintos señoríos mesoamericanos, resultado de las alianzas de los europeos con diversos grupos de Mesoamérica.

El papel de los aliados es fundamental para explicar este fenómeno; el caso más conocido es el de los tlaxcaltecas. Cabe mencionar que tampoco eran un grupo homogéneo, al interior de los *altépetl* tlaxcaltecas había distintas etnias que los componían y formaban como sociedad y, al igual que en las sociedades náhuatl de la cuenca de México, serán otomíes un componente importante de las alianzas. Esta etnia se encontraba distribuida en la zona centro del país y eran aliados de distintos señoríos como los mexicas, los tarascos o

² Un trabajo de comprensión sobre la formación de la identidad nacional que toma como uno de sus ejes la conquista lo presenta Ricardo Pérez Montfort. Véase, por ejemplo, su trabajo *Las invenciones del México indio: Nacionalismo y Cultura 1920-1940*.

los tlaxcaltecas, además de que tuvieron sus propios *altépetl* en regiones como Jilotepec o en la zona de Querétaro.

Por el lado de los europeos, los expedicionarios que vinieron con Cortés, que genéricamente llamamos españoles, correspondían a diversos grupos sociales y que, en su momento, tampoco se sentían como una nación. Principalmente llegaron en la expedición cortesiana extremeños y andaluces, además de vascos, asturianos y catalanes, pertenecientes a lo que actualmente es España; pero también flamencos e italianos, como Juan Bautista de Grimaldo, originario de Génova, quien navegó con Grijalva, llega con Pánfilo de Narváez y participa en la guerra contra Tenochtitlan, sobrevive y posteriormente se asienta en Colima; de igual modo portugueses (Icaza, 1969, p. 94), como Bartolomé González Herrero.

Pero no sólo llegaron conquistadores europeos, sino también caribeños y africanos. Diego de Valbuena se identifica como “yndio caribe”, cacique en sus tierras y de los primeros conquistadores que pelearon (Icaza, 1969, p. 96), o Juan Garrido, “de color negro”, cristianizado en Lisboa y asentado en Santo Domingo, participó en la toma de Tenochtitlan (Icaza, 1969, p. 96)³, este conquistador fue miembro del primer cabildo de la ciudad novohispana (Rubial, 2020).

Así, pensemos que al referirnos a los españoles englobamos a un conjunto multiétnico compuesto por europeos de distintos

orígenes y etnias. No todas en armonía, pero sí identificadas bajo la forma política del imperio español, dominio de Carlos I, cuya política se enfocaba más a la consolidación europea, hasta las campañas de Tenochtitlan; esta política de expansión permitió la inclusión de habitantes del Caribe y de origen africano en la empresa de conquista.

La política europea, en el momento de contacto, tiene como entidad política dominante al Sacro Imperio Romano Germánico, cuya cabeza es Carlos I de España y V de Alemania, por lo cual, la empresa de conquista se enmarca en esa entidad pluriétnica. Así que referirse a los españoles es sólo una reducción con fines identitarios, que se generan hacia fines del siglo XIX en México.

III. La comunidad mesoamericana tampoco es homogénea y no se identificaba como una unidad política. Los diversos señoríos mesoamericanos no presentaban una unidad territorial por

sí misma; para simplificar, veremos que los pueblos de habla náhuatl del centro de México no son una unidad política y comparten elementos culturales comunes. Recordemos que las crónicas marcan la diferencia del habla entre los texcocanos, tenochcas y acolhuas, lo cual indica la separación de cada uno de estos territorios con una identidad común, la vemos refle-



Se deben cuestionar las verdades absolutas que se formaron alrededor de un único evento: la caída de Tenochtitlan”.



³ Este caso no es único. Si bien existen conquistadores de origen africano, la comunidad de origen africano no fue sólo esclava, sino que llegaron hombres libres ya aculturados en la tradición española.



jada en las obras de rescate historiográfico posteriores al momento de la caída de México-Tenochtitlan, por ejemplo, en las de Hernando de Alvarado Tezozomoc, Francisco de San Antón Muñoz de Chimalpahin, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y los informantes de Sahagún. Cada crónica rescata la diversidad de sus respectivas comunidades.

Lo mismo ocurre con los señoríos de Tlaxcala, que también detentaban diferencias, las cuales se muestran, por ejemplo, en la obra de Muñoz Camargo. Si los pueblos de habla náhuatl no tienen una integración política, también se refleja en los imaginarios mesoamericanos al hablar o referirse a otros pueblos y comunidades, tal como ocurre con los grupos otomíes (ñāñü), quienes no se identifican como parte de la misma unidad política y compartían rasgos culturales, además su lengua se diversificó antes de la llegada de los europeos.

Los otomíes de la zona poniente de la cuenca de México, específicamente de Naucalpan, jugarán un papel de aliados de los conquistadores y otras comunidades, al grado que se convirtieron en punta de lanza los otomíes de Tlaxcala y del Valle de México para las empresas de conquista en el norte del actual territorio mexicano, estableciéndose en Querétaro, Zacatecas, San Luis Potosí, Durango y Coahuila como colonizadores y vínculo con las culturas de Aridoamérica que hablaban len-

guas emparentadas con el otomí⁴.

Esta comunidad, actualmente dispersa en varios estados de México, conserva uno de los símbolos de la alianza entre europeos y otomíes (sean de la cuenca de México, de Tlaxcala o Michoacán): la alianza simbólica se realizó mediante la adopción de una imagen religiosa europea, la más conocida es nuestra Señora de los Remedios de Naucalpan, misma advocación que aparece en los lugares donde pelearon los otomíes aliados, incluso está presente en las Filipinas a partir de 1564⁵.

La misma falta de unidad política se refleja en los pueblos de habla maya y se manifiesta en la región purépecha y en los Valles Centrales en Oaxaca. A su vez, los totonacos (huastecos) también se dividen y subdividen en unidades territoriales menores. Encontramos, entonces, que tampoco son comunidades homogéneas, y sus lealtades se encuentran repartidas en cada unidad territorial y política. Entre ellos se desarrollaron alianzas políticas con fines de expansión territorial y conseguir tributarios.

Cabe mencionar un elemento fundamental, los diversos señoríos tenían territorios delimitados con claridad, eran entidades políticas autónomas y se conocen

⁴ Si bien la palabra otomí la tomamos del náhuatl, siendo una forma despectiva de referirse a esta comunidad, coincido con David Wright (2005, p. 19) en el uso de este término: "Si bien la palabra 'otomí' ha sido usada en textos que menospreciaban a estos antiguos habitantes del centro de México, creo conveniente usar la misma palabra en los trabajos que intentan recuperar su historia; en lugar de desecharla propongo reivindicarla".

⁵ La conquista simbólica es importante de estudiar, y en el caso de la comunidad otomí, el rastreo a lo largo de un complejo conjunto de símbolos y santos asociados permite reconocerla como una forma de identidad y mostrar el sentido de la alianza a través de estas imágenes. Es importante considerar que las representaciones de esta advocación, en los sitios de la alianza, se establecen con pequeñas esculturas de origen flamenco, datadas entre los siglos xv y xvi, a diferencia de otras advocaciones. Al respecto, un estudio que introduce a esta temática es *Nuestra Señora de los Remedios, su culto y cofradía*, de García (1991).

bien los casos correspondientes al centro de México, al momento del contacto con los europeos. No utilizaremos el término señorío —implementado frecuentemente dentro de las obras desde el siglo XIX hasta la última década del siglo XX—, en cambio se usará el término *altépetl*, tomado del náhuatl, como expresión de estas unidades territoriales del México antiguo.

La limitante de este concepto es que sólo hace referencia al valle de México. *Altépetl* literalmente significa agua-cerro, que identifica una realidad política y territorial, la cual tiene su expresión como modelo en Tenochtitlan y Tlatelolco y sus alianzas con Texcoco y Tlacopan.

Muriá advierte sobre el uso de conceptos y categorías que piensan desde el mundo europeo la realidad que no acaban de entender. En su obra, la palabra señorío la rastrea en trece fuentes que aluden a la conquista y examina su sentido: una categoría territorial (Muriá, 1973, p. 147), y muestra cómo los conceptos de orden político siguen el esquema medieval europeo. Es así como al revisar fuentes (como las *Cartas de Relación* de Cortés o la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal) pensamos la conquista desde una visión medieval en cuestión de términos, y nos acostumbramos a ver como normal que se hable de reinos, señoríos, aliados, conceptos que entendemos desde el siglo XXI y no desde el momento de su enunciación.

IV. Repensar la conquista es también repensar los términos en los cuales nos expresamos. El rescate de las comunidades mesoamericanas, al momento del contacto, lo tenemos bajo la óptica de la lengua y cultura dominante del centro de México, el náhuatl. Ésta nos permite abrir una ventana al mundo mesoamericano, pero a la vez es bajo los ojos de una sociedad

conquistadora y colonizadora que se explican a los otros, a pueblos de los cuales no tenemos una visión tan completa y que, sin embargo, muestran la complejidad del fenómeno de la conquista: entendemos la conquista con la visión europea, expresada en términos medievales, y en la visión mesoamericana, mayoritariamente en la lengua náhuatl.

Repensar la conquista es ver que el fenómeno no ocurrió de 1519 a 1521, sino que tiene una profundidad mayor: en la zona maya, la conquista militar no es posible sino hasta la década de 1540; en el norte de Yucatán y en la Selva Lacandona no termina sino hasta 1695. Hacia el norte, las conquistas y “pacificación” de los territorios no se da, en el caso de Texas, las Californias y Tamaulipas, hasta el siglo XVIII. Así, la fecha 13 de agosto de 1521, o día 5 Viento del año 3 Casa, significa el inicio de un proceso mayor, con una temporalidad amplia, en la cual no se puede pensar sólo como un fenómeno único: hoy cayó Tenochtitlan y mañana ya somos colonia. Esta reducción no fue válida en la historiografía decimonónica, pero fue la dominante. Pensamos en la conquista y la explicamos desde una perspectiva ahistórica si sólo la vemos en dos dimensiones.

Este proceso implica no satanizar o despreciar a los aliados de los europeos. Las alianzas militares eran frecuentes en Mesoamérica y los informantes de Sahagún en el Libro XII, capítulo XLI lo expresan con claridad:



F. 493 v: Luego habló allí otro principal, que se llamaba Miscoatlayotlac Auelitoczin, dile al señor capitán que quando vivía Motecuçoma el estilo que se tenía de conquistar era este que yvan los mexicanos, y los tetzucucanos y los de Tacuba y los de las chinampas todos juntos iban sobre el pueblo o provincia que se quierían conquistar//

[F. 494 r:] Y después quela avian conquistados, luego se volvían a sus casas, y a sus pueblos: y después venían los señores de los pueblos que avian sido conquistados y trayan su tributo de oro y de piedras preciosas, y desplumajes ricos: y todo lo dava a Motecuçoma, todo el oro venía a su poder. (Sahagún, 1577, ff. 493v-494r).

El mecanismo de la guerra por conquista no era desconocido en Mesoamérica, implicaba, como toda guerra, además de los aspectos militares que se expresaban en destrucción de ciudades, desplazamientos y toma de prisioneros, también lo hacía en elementos de orden político y económico. Así, las comunidades a las que los mexicas sometieron, al momento del contacto, buscaron el mecanismo conocido en la región, la alianza militar para acabar con quien los conquistó.

Repensar la conquista es no uniformar el proceso que se estudia. Si bien existieron alianzas, los testimonios desde el siglo XVI nos ofrecen la visión de la resistencia que diversos *altépetl* en Mesoamérica opusieron al europeo y sus aliados. Esta diversidad de respuestas es la que no hemos estudiado del todo como sociedad; falta dar voz a las comunidades resistentes y a las comunidades aliadas, lo cual implica encontrar su historia a través de los ojos de sus dominadores, mesoamericanos o

europeos, como es el caso ya mencionado de los otomíes.

Esto también implica releer los textos clásicos del periodo y buscar en ellos nuevos indicios de estas voces deformadas o silenciadas. No podemos pensar, como lo expresó Alfredo Chavero en *México a través de los siglos*: “moría ya la tarde, prometiendo tormenta, y entre nubes rojas

como sangre se hundió para siempre detrás de las montañas el quinto sol de los mexicas”, una visión romántica de la conquista. Pero sí debemos de estar atentos, pues, a partir de su publicación la historiografía inicia un periodo donde se entiende este momento como el nacimiento del mestizaje, convirtiéndose en un elemento fundacional que permite ver a México como una unidad, forzando y ocultando a las otras voces. El doctor Guy Rozat lo explica:

La adopción de la identidad mestiza, como fundamento nacional, es el espejismo que permitió, tal vez durante un siglo (1860-1960), “olvidarse” de pensar las antiguas culturas americanas en sus densidades historiográficas propias; sólo fueron tratadas en la dimensión estructurante y uniformizante de la antropología, lo que permitía evacuar, en cierto sentido, lo que había sido para ellas toda historia y, en particular, el evento conquista (Rozat, 2016).

Así, la conquista es la caída de México-Tenochtitlan y el inicio de la ciudad de México, y, con ella, el principio de un México nuevo y distinto. Esta visión es la que debemos repensar y ubicar los discursos que desde el



Repensar la conquista es ver que el fenómeno no ocurrió de 1519 a 1521, sino que tiene una profundidad mayor”.

poder se han ocupado de este periodo.

Repensar este proceso es revisar las bases desde donde concebimos no sólo el fenómeno relatado, sino de cómo nos entendemos como entidad nacional y revisamos sus imaginarios. Hacerlo es comprender cómo entendemos desde el siglo XXI el fenómeno de la conquista, cómo lo explicamos en nuestras escuelas y cómo lo asimilamos más allá de filias y fobias, e integramos en la narración que hacemos de nuestra historia.

REFERENCIAS

- Gibson, C. (1984). *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*. México: Siglo XXI.
- Gillespie, S. (2008). Blaming Motecuzoma: Anthropomorphizing the Aztec Conquest. En R. P. Brienen y M. A. Jackson (ed.), *Invasion and Transformation: Interdisciplinary Perspectives on the Conquest of Mexico*. [pp. 25-56]. Boulder: University Press Colorado.
- Icaza, F. (1969). *Conquistadores y pobladores de Nueva España: Diccionario autobiográfico*. Vol. I. Guadalajara: Edmundo Aviña Levy.
- Jaramillo, A. (s/f). “Pluralidad cultural en Mesoamérica”. Noticonquista. Consultado el 25 de agosto de 2021. Recuperado de: <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxтли/764/744>
- Krauze, E., Martínez Baracs, A. y Lara Bayón, J. (2020). *Historia de México: segundo grado*. Ciudad de México: Trillas. Consultado el 10 de agosto de 2021. Recuperado de: <http://appstrillas.mx/pdfFlipping/viewer.jsp?id=HM2K#page/6>
- Matos, E. (2021, abril-junio). El lenguaje en la conquista militar y espiritual de México. *Historia Mexicana*, 4 (70).
- Muriá, J. (1973). *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*. México: SEP.
- Navarrete, F. y Rinke, S. (2019). Comprender la conquista de México desde el siglo XXI. Introducción. *Iberoamericana*, 19 (71), pp. 7-12.
- Navarrete, F. (s/f). “El *Altépetl*”. *Noticonquista*, Consultado el 25 de agosto de 2021. Recuperado de: <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxтли/765/744>
- Pérez, R. (1997, abril). Las invenciones del México indio. Nacionalismo y cultura en México 1920-1940. *Taller: Revista de Sociedad, Cultura y Política*, 2 (3) pp. 32-42.
- Reyes, C. et al. (2021). *Historia. Cuarto grado*. México: SEP/Conaliteg. Consultado el 10 de agosto de 2021. Recuperado de: <https://www.conaliteg.sep.gob.mx/2021/P4HIA.htm#page/1>
- Rozat, G. (2016). Los relatos de la Conquista de México como hoyo negro de una memoria esquizofrenizante. *Historia y grafía*, (47), pp. 17-48. Consultado el 10 de agosto de 2021. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-09272016000200017&lng=es&tlng=es
- Rubial, A. (1999). *La nueva España*. México: Conaculta.
- Rubial, A. y Arriaga, I. (s/f). “Las capillas ‘ex voto’ de la Conquista de Tenochtitlan”. Noticonquista. Consultado el 25 de agosto de 2021. Recuperado de: <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxтли/765/744>
- Rubio, J. (1942). Los barrios de Mérida. En F. A. Hijuelos (ed.), *Mérida. Monografías*. [pp. 117-119]. México: SEP.
- Sahagún, B. (1577). Libro duodécimo: De la conquista Mexicana. En *Historia General de las Cosas de la Nueva España [Códice Florentino]*. [versión facs.] Consultada el 10 de agosto de 2021. Recuperada de: <https://www.wdl.org/es/item/10623/view/1/176/>
- Semo, E. (2019). *La conquista. Catástrofe de los pueblos originarios*. Ciudad de México: FE/UNAM-Siglo XXI.